

ejecutar ninguna grande obra, sin dejar un noble recuerdo de nuestra raza.

Sobre todo, el ateismo político envilece y desprestigia á la autoridad, degrada los caracteres y mata la moralidad de los hombres públicos. ¿Por qué? me preguntarán. Porque si el poder público no emana de Dios, (1) entónces no tengo obligación de respetarle sino en tanto que tema yo su castigo; entónces con el más leve pretexto podré rebelarme, podré ejecutar lo más ilícito para empinarme al gobierno, seguro de que si tengo buen éxito nadie se acordará de mis malos procedimientos; y se forman como dos sistemas morales: uno para el hombre privado y otro para el hombre público, y se ve el singular espectáculo de que hombres que en su vida privada se cuidan escrupulosamente y se avergonzarían de cometer una sola falsedad, como hombres públicos no temen cometer mil falsedades, si lo necesitan para conseguir su objeto, no obstante que la sociedad se escandaliza, y, lo que es más temible, la juventud aprende este tortuoso camino de la fortuna política; pero no del engrandecimiento de la patria.

Algunos se alucinan diciendo: «subamos al poder por cualquier medio y despues rectificaremos nuestras vias.» Esta es la doctrina maquiavélica, y se engañan tristemente, porque olvidan que sólo pue-

(1) No pretendemos sostener que el poder público emana directamente de Dios, como á veces se achaca torticeramente á los católicos, sino que Dios como Supremo Ser y Regulador de las sociedades es la fuente de toda soberanía, como lo es de toda verdad, de toda ciencia y de toda virtud. Que el poder viene directamente del pueblo, es una verdad; pero los derechos del pueblo ¿de quién emanan sino de Dios?

de ser duradero lo que se funda por medios honrados y probos, y que cuanto se edifique hollando la moral, se podrirá como las hojas caídas de los árboles.

Del ateismo político depende también esa facilidad, esa aparente tranquilidad de conciencia con que se levanta una revolución, en que se sacrifican vidas, se aniquilan haciendas y se saca de quicio á toda una sociedad para arrojarla á rodar por el abismo de lo desconocido; de él depende esa frialdad estoica con que se deja á un pueblo desgarrarse las entrañas, luchar entre sudores de muerte sin calmar tanto tormento con una política fija y determinada que cierre la puerta á las aspiraciones; de él dependen, en fin, todos nuestros males políticos porque el ateísmo es el maquiavelismo que convierte la autoridad sagrada de los gobiernos en fruta apetecible que se codicia para disfrutar sus dulzuras, en lugar de ser paternidad benéfica de alta protección á los intereses legítimos de las corporaciones y de los individuos.

El Racionalismo.

Diez y ocho siglos hace que el catolicismo esclareció el mundo haciendo renacer la verdad en las inteligencias y la virtud en los corazones de los hombres corrompidos por la superstición pagana; diez y ocho siglos hace que alzando su voz dijo á la sociedad paralítica y próxima á perecer «Levántate y anda» progresa y perfeccionate en la inteligencia y en el corazón; diez y ocho siglos hace que está

porque el pueblo quiere la república, pero no la república impía é incrédula; quiere la libertad, pero no esa libertad nefanda que combate sin tregua á su religión. Que no se llamen liberales, que no se llamen amantes de la libertad, porque es una irrisión y una burla cubrirse con este nombre para cometer tales iniquidades. Abran, pues, los ojos todos los católicos, prepárense á luchar sin descanso contra los nuevos partidarios de Marat y Robespierre que no quieren permitir que á la sombra de la bandera nacional vivamos quieta y pacíficamente con nuestras instituciones religiosas. ¿Y es ésta la libertad que nos pregonan, y ésta la tolerancia que tanto decantan, y éste el progreso y la civilización de que tanto hablan?

Si esta es libertad, dígalos ese descaro inaudito con que se quiere negar á unas respetables señoras hasta el derecho de vivir como les place; dígalos esa ansia de dispersarlas, ese regocijo que les causa su angustia y aflicción. Si hay verdadera tolerancia, dígalos ese deseo ardiente de derribar y aniquilar nuestros institutos, ese celo infatigable de ponernos restricciones, y de dar leyes opresivas. Si hay amor á la civilización y al progreso, díganlos esos discursos indecentes y chocarreros que se escucharon en la tribuna del Congreso Nacional y que tuvieron por objeto insultar, sin consideración á su sexo, á las señoras que forman parte del instituto de S. Vicente, díganlos esas disposiciones que nos quieren hacer retrogradar á los tiempos de Calígula y Nerón, de Enrique VIII é Isabel de Inglaterra.

No las Hermanas de la Caridad sufrirán las consecuencias de esta disposición arbitraria é injusta:

ellas tienen la virtud bastante para recibir sin quejarse este golpe terrible que les llena de amargura el corazón; mas los enfermos, los pobres, los huérfanos, las familias cristianas, ¿cómo echarán de menos á estas santas mujeres que les servían con fidelidad y abnegación! Los enfermos á quienes trataban con cariño, á quienes consolaban dulcemente, á quienes sufrían con rostro apacible y tranquilo, ¿dónde encontrarán ya quien los asista con tanta ternura? ¿dónde se encontrarán esas mujeres animosas que dejan las dulzuras del hogar doméstico, los placeres de la sociedad y las ternezas de sus parientes para ir á servir á los pobres de los hospitales, no por interés, no por codicia, sino sólo por caridad, por amor á Dios y á sus semejantes? ¿Dónde encontrarán las pobres viudas y las madres un lugar seguro á donde puedan dejar á sus hijos mientras dura su trabajo diario? Donde encontrará el pueblo amigas solícitas que se ocupen con tanto afán de sus necesidades de cuerpo y alma? ¿dónde se encontrarán ejemplos tan heroicos de virtudes cristianas y oraciones tan fervientes por el bien general?

Sin embargo, y á pesar de todas estas consideraciones, las Hermanas de la Caridad saldrán de la República porque así les place á nuestros tiranos, que por más que hablen de razón, de libertad, de tolerancia y civilización, son en la práctica los más enemigos de oír razones, los más inclinados al despotismo, los más intolerantes, los destructores más encarnizados de los principios civilizadores, y las rémoras más dificultosas para el progreso de la humanidad.

educando á la humanidad en la ilustración y en la caridad, y en un trascurso tan dilatado de tiempo sus pigmeos enemigos no han cesado un instante de batir palmas en señal de victoria, han agotado su *espíritu profético* en predecir su próxima ruina, y el catolicismo subsiste invariable y poderoso tomando su inmutabilidad del cielo, y dominando sin aparato de fuerza doscientos millones de inteligencias que dóciles le sujetan su espíritu inteligente y racional. Han derramado en la arena del anfiteatro y en el cadalso de la revolución la sangre de sus hijos; le han arrebatado sus propiedades reduciéndole á la mendicidad; han dispersado á sus virgenes que como blancas azucenas crecían á la sombra de los conventos atizando siempre el fuego sagrado del amor más puro y enseñando al mundo la heroicidad en la pureza y en la humildad; desterrarón á los monjes del patrimonio de sus mayores, y después, al contemplar aquellos amontonados escombros que dan grima al corazón, pensaron que todo estaba terminado, que el catolicismo quedaba para siempre sepultado en el olvido de los hombres. ¡Vana ilusión! Corrió el tiempo, y el árbol al parecer derribado, fecundizada la tierra de sus raíces por el soplo del Omnipotente, renace y produce retoños todavía más vigorosos de verdad y de virtud. ¿Y sus enemigos?..... Unos viven para persuadirse de que su trabajo fué infructuoso, de que han abrigado quimeras en su imaginación de que han azotado al viento, porque es necedad luchar contra Dios; otros, más desgraciados han caído en sus manos, y dado cuenta de la desolación que causaron y de las lágrimas que hicieron derramar; otros, en fin, más felices, recogidos

en el apacible aprisco de la Madre Iglesia, lloran su error y se regocijan de haber desvelado la ceguera de sus ojos.

Aquellos altivos adversarios que se mofaban y en medio de su soberbia osaban compadecerse del porvenir de la obra divina, desaparecieron de la faz de la tierra como las flores de los bosques y como el heno de las praderas, y el catolicismo agobiado de glorias y de triunfos se ostenta lleno de vida con su venerable antigüedad y su juventud lozana que se renueva cada día que pasa, con la savia fecundante que esparce pródicamente sobre las generaciones creyentes. ¿Dónde está el arrianismo, aquella astuta heregía que amenazó dominar sobre toda Europa y que un momento se lisonjeó con la idea de ahogar entre sus brazos la verdad cristiana? Pasó..... no existe..... sus doctrinas desprestigiadas, son mómias arqueológicas que por curiosidad se conservan en las bibliotecas y cuya vista excita sentimientos de lástima y menosprecio. Y el cisma oriental ¿qué es al presente sino un cadáver galvanizado explotado por la política del cesarismo ruso y que de trecho en trecho se estremece como un leproso para recordar al mundo su existencia raquítica? ¿Qué es el protestantismo sino una planta parásita que apenas acierta á sostener su miserable vida amparándose bajo la sombra de los poderes humanos y allegándose á toda mano que le presta ayuda? ¿Qué es, en fin, el volterianismo sino un anciano trasnochado y libertino desacreditado entre sus mismos panaguados y cuyo proceder escarnecen sus mismos discípulos?

Solo el catolicismo vive, solo él no envejece: lo

que era ayer, es hoy y será siempre: la persecución acrecienta su esplendor, la lucha le fortifica, la paz le engrandece, y, como fuerte inexpugnable, ve nacer y morir á sus contradictores.

Entre sus enemigos de este siglo se cuenta el racionalismo, que no se burla como su maestro, sino que, disfrazándose con apariencia de filósofo niega cuanto no puede comprender, pone todo en disputa, corta ó cercena las relaciones sobrenaturales del hombre con su Creador, de la sociedad con su Conservador y Ordenador: quiere bajar del altar á la razón divina para poner en su lugar á la humana; quiere despojar á Nuestro Señor Jesucristo de su divinidad para socavar la base de la religión revelada. Es la rebelión del individuo contra la autoridad, la protesta del orgullo contra la humildad, es, en fin, la revolución del hombre contra el cielo. Desenterrando añejos errores cien veces desmenuzados por la lógica de los doctores cristianos, los viste de moderno ropaje, de literarias galas y bello colorido, y pretende sorprender á los incautos. ¡Vano esfuerzo! El polvo de los siglos que se palpa en su vetusta frente denuncia su origen: sus trazas é invenciones traicionan sus propósitos.

El racionalismo á su vez caerá también en el olvido; otras heregías le sucederán y le mirarán con lástima como lo hace con sus predecesores en el error, pues éste es como la moda caprichosa; que para no fastidiar cambia continuamente: cada siglo es testigo de sus transformaciones; para poder fascinar á la humanidad necesita mudar sus armas, su vestido, su táctica: no pudiendo ofrecer al hombre nada que pueda arrebatár su espíritu y unirle con él indisoluble-

mente, trueca siempre sus aparejos de la víspera con nuevos deslumbradores oropeles: sólo la verdad católica tiene el claro privilegio de permanecer inmutable y de arrastrar con suave y dulce impulso nuestra inteligencia y nuestro corazón fijando su inconstancia y volubilidad.

¿Y qué quiere el racionalismo? ¿qué pretende? Pretende hacernos retroceder á aquellos tiempos en que los pobres filósofos se devanaban los sesos por averiguar los atributos de Dios y la inmortalidad del alma, á aquellos tiempos en que el mismo Platón con toda la alteza de su razón creyó que Dios tenía figura redonda, á aquellos tiempos en que la grey de Epicuro colocaba toda su felicidad en los sentidos. Pretende apagar la fe, lumínar preciosísimo que alumbra nuestro tránsito por la vida en que nos hostigan tantas borrascas, tantos escollos procelosos, tantos enemigos arteros que espían el instante oportuno de robarnos la felicidad prometida. Quiere arrebatarnos la norma que nos impide andar vagando entre las infinitas variaciones y extraños desvaríos de la razón entregada á sus propias fuerzas, la brújula que nos impide extraviarnos en ignotas regiones. Quiere privarnos del consuelo en nuestras angustias, del alivio en nuestras tribulaciones; porque sin la fe, ¿qué esperanza puede alimentar nuestro corazón? y sin la esperanza ¿qué pena podrá curarse?

¡Ah! vosotros los que conserváis la fe en vuestros corazones, regocijáos; porque no llegaréis á sufrir las amargas congojas que aquejan á los espíritus que yacen agobiados bajo el áspero y duro yugo del escepticismo, ó se debaten dolorosamente entre las

ansias y perplejidades de la duda. Cuidad solícitamente vuestro tesoro, y orad á Dios para que os lo guarde.

Cuántos ¡ay! después de haber arrojado lejos de sí la fe, gimen por robarla y desean reposar su fatigado espíritu en la esperanza, y sus deseos son estériles porque su razón soberbia se niega á creer y su corazón árido y mustio se niega á esperar! Vosotros los que generosamente confesáis la pobreza de vuestra razón, sometiéndola humildes á la palabra de Dios, no temáis deslustrar su brillo: vuestra confesión candorosa y humilde acrecentará el vigor de sus lucubraciones y le dará más firmeza en sus conceptos.

Expulsión de las Hermanas de la Caridad.

I.

La masonería, autora primordial de todas las medidas que tienen por objeto descatoalizar á nuestra querida patria, para después establecer una dictadura atea é impía, se prepara ahora á consumir una nueva iniquidad, hiriendo en lo más vivo el sentimiento cristiano de la nación, poniendo su mano opresora en las cosas que más entrañable y ardientemente queremos.

Después de haberse preparado en las tinieblas, según su costumbre, ha conseguido que se apruebe en el Congreso de la Unión una ley feroz de opresión contra nuestra religión santa, entre cuyos artículos se encuentra el de la expulsión de las Her-

manas de la Caridad del territorio de toda la República.

Los liberales consecuentes, los liberales de buena fe, los liberales que conservan todavía generosidad y sentido común, los que no quieren la libertad sólo para sí, se opusieron con benemérita nobleza y valentía de alma; pero sus ilustres esfuerzos se estrellaron desgraciadamente contra una mayoría terca y obstinada que había recibido su consigna de la sociedad masónica, que no quiso escuchar razones porque se encuentra esclavizada por el yugo de su tiránica impiedad, porque quiere acabar con toda religión y establecer sin obstáculo su omnimoda dominación, aunque fuera hollando nuestras creencias, aunque sea ultrajando la religión del pueblo y burlándose de nuestro dolor y de nuestras lágrimas; porque quiere arrancar por fuerza de nuestros corazones el amor á nuestros sacerdotes y á nuestra iglesia, porque quiere oprimir nuestra conciencia y arrebatarnos cuanto puede conservar el espíritu cristiano.

En estos momentos, armados con la fuerza de las bayonetas lo pueden todo: pueden, si quieren, expulsar á las humildes hijas de S. Vicente, beneméritas de la caridad y de la civilización, pueden arrebatarnos nuestros templos, pueden arrojar del suelo de la patria á nuestros obispos y sacerdotes, pueden por último condenarnos á todos al ostracismo para sólo tener el gusto de entonar el fúnebre canto de su victoria sin oposición y sin obstáculo; pero que no se atrevan á decirnos que eso lo hacen en nombre del pueblo, porque el pueblo sabe bien que al catolicismo debe más beneficios que á todos ellos juntos,